

mí como en un sepulcro; pero si continúa usted en su repulsa, esos dos ángeles sabrán —dijo alzando la voz para atemorizar a Elisa— que la mujer a quien deben la vida, la mujer a quien han creído dechado de todas las virtudes, fué un día una esposa infame.

—¡Oh! ¡por Dios, callad!—exclamó Elisa sin dejarle acabar la frase, asustada y temblando, temiendo que sus tiernas hijas despertasen y oyesen las palabras del doctor.

Este volvió a preguntar otras que helaron la sangre de aquella perseguida mujer, creyendo que así la obligaría a ceder.

Elisa, pálida y asustada, corrió al cuarto de sus hijas para ver si dormían, y Willey sonrió de esperanza, no dudando ya de que el temor de verse humillada por sus hijas, acallaría los gritos de su conciencia y de su deber.

A esta esperanza se asoció de repente otra idea que le hizo creer en un triunfo infalible.

Elisa, al correr al cuarto de sus hijas, había dejado sobre una silla el pañuelo que había estado llevando con frecuencia a la boca para reprimir sus suspiros, y el doctor, al advertirlo, concibió una idea infernal para alcanzar lo que anhelaba. Pensó, y con razón, que Elisa, al volver a salir, tomaría el pañuelo y lo aproximaría a la boca para sofocar sus suspiros. Vertiendo, pues, en él, un narcótico activo, lo aspiraría Elisa sin remedio, y presa una vez de un pesado sueño, que le impediría defenderse y gritar, podría cumplir lo que tanto anhelaba su impuro corazón.

Del pensamiento a la ejecución del plan, no pasó un segundo. Willey corrió a tomar el pañuelo, sacó en el instante un pomo que llevaba en el bolsillo, y vertió en él primero algunas gotas de un líquido que no exhalaba olor alguno, y propio, por lo mismo, para que nada advirtiese la víctima.

Elisa, después de haberse persuadido de que sus hijas dormían, salió a donde estaba el doctor, y le suplicó que se alejase para no interrumpir el sueño de sus tiernas criaturas.

Willey, que estaba convencido de que para vencer a Elisa no necesitaba ya recurrir a la amenaza, sino esperar a que llevase el pañuelo a los labios, fingió acceder al ruego de la mujer que trataba de cubrir de baldón, y contestó:

—Me había propuesto no desistir de mi empeño, y que escogiese usted de una vez, entre aparecer como una mujer infame a los ojos de sus hijas, o acceder a mis súpli-

cas; pero no quiero ya que esta resolución sea hoy mismo, no; quiero dejar a usted el tiempo suficiente para que medite detenidamente sobre un punto de tanta importancia para usted.

—¡Ah, gracias, señor doctor!—exclamó Elisa tomando el pañuelo y disponiéndose a llevarlo a la boca. Willey experimentó placer satánico—. Una madre no puede resolverse a aparecer delante de sus hijos con una mancha infame, ni una mujer honrada a manchar su vida con una acción que reprueba la conciencia; y usted, que comprende esta verdad; usted, que aunque extraviado por una terrible pasión, ama la virtud, y conoce todo lo que ésta tiene de apreciable, estoy segura de que, en vez de volver a verme para saber la resolución que he tomado, vendrá a manifestarme la noble resolución de que ha desistido del empeño que en este instante manifiesta.

Y Elisa llevó el pañuelo a los labios, para contener un suspiro.

Willey sintió en su alma un placer satánico al persuadirse de que había aspirado y seguía aspirando el activo narcótico.

—Sí; estoy cierta —continuó Elisa—; que el hombre que ha empezado por concederme unos días para la resolución de lo que de mí se exigía hace un instante con tanto imperio, meditará a sus solas el inmenso sacrificio que se me pide, y que preferirá a mi tormento, la franca amistad de una mujer agradecida.

Y Elisa siguió aspirando en el pañuelo que acercaba a los labios, el terrible narcótico que iba a entregarla sin defensa en los brazos del malvado Willey, que se gozaba interiormente con un próximo y seguro triunfo. De repente, se sintió desvanecida, y su rostro se puso pálido como el papel.

—¡Dios mío! —exclamó asustada—. ¡No sé lo que me pasa! ¡Mis ojos se nublan y mis miembros desfallecen! ¡Doctor, doctor, socorredme!

El doctor se puso delante de ella, cruzó los brazos, y dejó asomar a su rostro una sonrisa, que hizo comprender a Elisa el origen de su decaimiento.

—¡Oh! ¡me habéis perdido! —añadió la infeliz con voz casi imperceptible, arrojando el pañuelo de su mano—. ¡Habéis colocado en este lienzo un terrible narcótico, que me va a dejar sumida en un profundo sueño... sin defensa!

El doctor avanzó otro paso más y volvió a sonreirse, pero sin pronunciar una palabra. Elisa quiso levantarse para

huir, pero no pudo; su cuerpo estaba sin fuerza ni vigor, y ni aun pudo levantar los brazos para rechazar a Willey, que se aproximó a ella para tomarla una mano.

—¡Ah!, sois un infame, doctor—dijo, más bien con el aliento que con la voz, la desgraciada viuda de Diego, no teniendo poder para retirar su mano, que Willey acariciaba entre las suyas, y la acercaba a sus impuros labios.

Aquella era una agonía espantosa para la virtuosa Elisa. Sentía en sus manos los ardientes besos de aquel hombre que le causaba espanto; sentía cerca de su rostro el infero aliento que exhalaba de su impío pecho; miraba en sus ojos pintada la pasión de los réprobos, y la infeliz se veía impotente para hacer el más leve movimiento. Hizo esfuerzos supremos para apartar su mano de las del verdugo de su tranquilidad, y no pudo. Quiso gritar pidiendo socorro, y su voz fué a morir entre las palabras de amor que le dirigía aquel inicuo sér, que se gozaba con el triunfo del vicio sobre la virtud. Trató de volver el rostro para dirigir la vista hacia el cuarto en que dormían sus inocentes hijas, pero no pudo; y a su pesar, se vió precisada a soportar la vista de Willey, que tenía fijos en ella sus ojos inyectados en sangre.

Elisa se estremeció ante aquella mirada en que brillaba la lujuria, y ni aun tuvo fuerzas para cerrar los párpados y evitar aquella mirada impura. Elisa conoció que no le quedaba ya remedio humano que la defendiese de aquel hombre, y elevó su corazón a Dios, pidiéndole interiormente su auxilio.

Willey, que comprendió que oraba, dejó asomar una sonrisa impía a sus labios, y para burlarse de la fe de aquella desgraciada, la acarició entre sus brazos.

—Ya ve usted —le dijo en voz baja y de una manera que heló la sangre de Elisa—, que Dios no escucha su oración, que la abandona, que la entrega en mis brazos, para que yo disfrute los deleites que anhelaba.

Y Willey estrechó la cintura de su víctima, que, sin fuerzas para moverse, seguía pidiendo interiormente a Dios que la salvase de aquel infame. El doctor, viéndola sin defensa, inclinó su rostro para colocar sus labios en el pálido y hermoso de Elisa. La desgraciada tembló al notar la intención de su perseguidor.

Un golpe se oyó en la puerta. Willey volvió la cabeza sorprendido. Elisa recobró la esperanza. La puerta volvió a sonar con nuevos golpes, dados por alguno que llamaba.

El doctor se levantó asustado y guardó silencio, teniendo

fija siempre la vista en la puerta, y maldiciendo al importuno, que en tan mala hora para él llegaba.

—¡Oh!, y se me ha olvidado cerrar la puerta—pensó para sí Willey.

—Adelante—dijo con voz casi imperceptible la afligida Elisa, que veía en la persona que llamaba, el auxilio de la Providencia, cuyo favor había implorado.

La puerta se abrió, y a poco se dejó ver el indio Pablo. El corazón de Elisa se inundó de felicidad. El del doctor latió de ira y de despecho. La desgraciada bendijo al cielo interiormente, y con desfallecida voz suplicó a Pablo que se acercase. Este obedeció al instante, y con el interés de un verdadero amigo, le preguntó:

—¿Está usted mala?

—Sí —contestó el doctor antes de que hablase Elisa, y dirigiendo a ésta una mirada amenazadora—. Para descansar de los agudos dolores de cabeza que han dado en atormentarla de noche y la privan del sueño, dice que ha aspirado, para dormir tranquila, un activo narcótico, que le ha producido la postración en que la encontramos. Por fortuna, llegué yo a tiempo, y he podido evitar que el mal sea mayor, dándole una medicina que neutralizase los efectos del narcótico, aunque siempre será difícil salvarla de que sea por un instante presa de un profundo sueño.

—Sí..., es verdad...—dijo Elisa, con desmayada voz, y encontrando ya torpeza en pronunciar las palabras, y tratando de ocultar la infamia de Willey, para que éste no se vengara publicando su falta—. Traté de tener una noche menos penosa que las anteriores, y aspiré un narcótico que vertí en ese pañuelo.

—Que yo le arranqué de las manos —exclamó Willey— y lo arrojé al suelo, temiendo sus efectos terribles.

—¡Es cierto!—dijo Elisa con fatigado acento, y próxima ya a un profundo letargo.

—¡Oh, qué imprudencia...!—exclamó Pablo.

—Pero aun hay remedio para evitar que el narcótico continúe sus efectos—dijo Willey, concibiendo la esperanza de hacer salir de allí a Pablo y quedarse solo con Elisa, que iba perdiendo notablemente sus fuerzas.

—¿Cuál?—preguntó Pablo.

Willey sacó su cartera, escribió con lápiz en una de sus hojas una receta; la arrancó al instante, y dándosela a Pablo, le dijo:

—La aplicación de esta medicina, si es que usted tiene la

bondad de ir por ella a la botica, en tanto que yo le aplico otros remedios.

Pablo iba a obedecer; pero Elisa comprendió la intención del doctor, y, asustada, exclamó con trabajoso acento:

—No..., no..., sería tarde... No se vaya usted, Pablo..., no se vaya usted...

—Pero...

—Se... lo... ruego...

—Bien, me quedaré. Había venido a invitar a usted a que marchase con sus dos tiernas criaturas a pasar en mi rancho algunos días para que se distrajesen y, por lo mismo, permaneceré aquí hasta que vuelva usted de su letargo, y me diga si tiene la bondad de admitir mi humilde oferta.

—¡Gracias..., gracias...!—exclamó Elisa, tranquila ya de ver que nada debía temer de Willey.

Este maldijo interiormente la llegada del indio Pablo. Vea frustrados sus inicuos planes en los momentos mismos en que se había encontrado próximo a realizarlos. Elisa tenía fijos los lánguidos ojos en Pablo, y la palidez de la muerte, causada por el narcótico, velaba su semblante. De repente se estremecieron todos sus miembros. Un frío glacial circuló por sus venas. Su vista fué amortiguándose por grados. Hizo otro estremecimiento, y quedó profundamente dormida.

Pablo se cruzó de brazos, esperó de pie y enfrente a ella, a que volviese de su letargo. El doctor hizo un gesto de desesperación. Se veía obligado a renunciar a sus bastardos deseos, cuando creía realizada la mitad de su plan, y esto le desesperaba. Hubiera querido poder marcharse para evitarse aquel tormento; pero consideró que esto podía despertar sospechas a Pablo respecto al narcotismo de Elisa, y se vió precisado a permanecer allí, frente a su víctima, pero sin poder dañarla.

Pablo y Willey eran, el uno el genio del bien, y el otro el genio del mal, alentando distintos sentimientos. Eran el ángel bueno y el ángel malo, colocados uno frente al otro, en los instantes más solemnes. Eran el San Miguel y el ángel rebelde, oprimiendo aquél su planta al rey de las tinieblas y del crimen.

CAPITULO XXI

La «jamaica»

Entre las agradables costumbres que hacen de México un país risueño y encantador, un oasis florífero y delicioso, en medio de las convulsiones políticas que lo han agitado, se encuentra una que está en armonía con el carácter jovial, dulce y amable de sus hijos, con lo poético de su exuberante suelo, con sus limpios horizontes, con sus pintorescos valles y su transparente cielo. Esta costumbre es la conocida con el nombre de «jamaicas», que consiste en reunirse en algún jardín particular de la ciudad, varias familias de fina educación y buen humor, a pasar alegremente un día destinado al contento, al baile y al placer.

Para conseguirlo cumplidamente, se improvisan a ambos lados de las calles que forman el jardín, ligeras y pintorescas tiendas de flores y enramadas, donde las señoritas, despojadas de sus elegantes vestidos de seda, y disfrazadas con algún gracioso traje popular, obsequian con helados, horchata, dulces, tamales y atole de leche, que fingen vender graciosamente a los concurrentes que, vestidos también al uso del pueblo, y provistos de vistosas fichas de marfil, que se les dan a la entrada, se acercan a las floríferas tiendas a comprar con ellas, y a tener un rato de agradable conversación con las lindas vendedoras que embellecen aquel pensil que la misma Flora envidiaría.

Nadie penetra en estos recintos de flores y de aromas, de luz y de alegría, más que las finas y escogidas personas que han alcanzado la dicha de ser convidadas por alguna de las que han dispuesto la deliciosa «jamaica».

Allí, los dulces acordes de la alegre música se asocian al blando murmurio de la perfumada brisa que mece las hojas de los copudos árboles, al manso ruido de las fuentes y al melodioso canto de las canoras aves, que parecen dominadas del general contento; allí, los jóvenes de ambos sexos, bailando los unos las alegres sonatas populares con hechicera gracia, vendiendo otros, y comprando los dulces y la horchata con que cada vendedor ha provisto abundantemente su florífera tienda para obsequiar a cuantos a ellos se acercan, fingiéndose algunos, agentes de policía para dar lugar a la broma de conducir al amigo que gusten a una enramada prisión, donde los carceleros, que son varios señores